

Un hombre llamado Fernando regresa a su ciudad natal, Medellín, con la misma voluntad de mirada que puso Dante en su descenso a los infiernos. Alexis y Wílmor serán los ángeles de la muerte que acompañarán al poeta en su recorrido a los abismos apocalípticos. Quien ahora narra es gramático, letrado (¿humanista?) y gran iconoclasta que decide dar testimonio de su pasión ácida por Colombia a través de las aventuras y desventuras de sus amantes sicarios quienes, después de matar a diestra y siniestra, van a pedir a la Virgen que los salve, no tanto de los crímenes que cometen como de haberse acostado con sus novias. La autodestrucción y una ironía sabia, ciento por ciento antioqueña, corearán todas las desgracias de este viaje a la ciudad del no retorno. Kavafis, Rimbaud, Verlaine, Celine, son los fantasmas callados que el narrador enciende en su desgarramiento crónico. Pero no será este un problema que ataña al lector. El lector, nada más empezar la novela, quedará atrapado por ella para siempre. Esta novela no se olvida. Vallejo contagia una atracción fatal por su lenguaje, es un estilista furioso de la prosa, de voz única e irrepetible. Por algo sus contemporáneos lo consideran como uno de los geniales escritores que ha sabido poner letra y música a un país arrasado por la violencia, la muerte, la injusticia, la corrupción y la desolación humana. “Los muertos vivos pasaban a mi lado hablando solos, desvariando”. Aquí, también, como en Rulfo, los vivos parecemos estar muertos.

Nuria Amat.